

Año V.—Número 49.

Precio: **15** céntimos.

31 Diciembre 1891.

Ayuntamiento de Madrid

LA SEMANA CÓMICA EN 1892

Se publicará los jueves, y además de un excelente cuerpo de colaboración, en el que figuran los mejores artistas y los más celebrados escritores, contará con el siguiente CUADRO DE REDACCIÓN:

DIRECTOR

José Fernández de la Reguera.

REDACTORES

D. Ricardo J. Catarineu.
Emilio de Motta.
D. A. Pérez Nieva.
D. J. Pérez Zúñiga.

D. J. Puyol Bosque.
D. J. Roca y Roca.
D. Angel R. Chaves.
D. A. Sánchez Pérez.

D. F. Segura.
D. J. Zahonero.
D. M. de los Ríos.
D. L. Royo y Villanova.

DIBUJANTES:

Cilla,
Cuchy,

Escaler,

Figuer,
Lago,

Mecachis,

Melitón González,
Apeles Mestres,

Planas,

Pons
y otros.

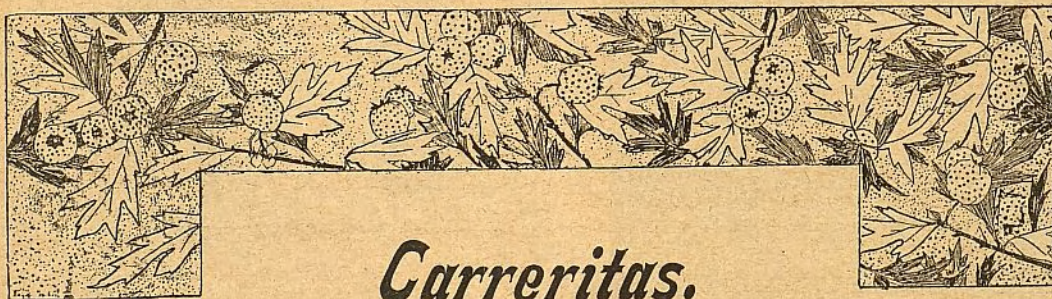
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

BARCELONA:
Trimestre: : : 2'50 pesetas.
Semestre : : : 5 id.
Año : : : 10 id.

PROVINCIAS:
Semestre: : : 5 pesetas.
Año : : : 10 id.
PAGO ADELANTADO

Notas. — Se considerarán como no recibidas las demandas de suscripción a las cuales no se acompañe el importe. No se admiten libranzas de las llamadas «de la prensa».

ADMINISTRACIÓN: VERTRALLANS, NÚM. 3, PRINCIPAL



Carreritas.

Si Vds. tienen, como yo, la costumbre de *boulevard* por las calles de Alcalá y Sevilla, Puerta del Sol y Carrera de San Jerónimo, conocerán seguramente a Carreritas.

Yo les daré sus señas.

Es joven y no mal parecido.

Lleva una barbita negra, esmeradamente cuidada.

Viste americana oscura y pantalón gris.

Desconozco el color del chaleco, porque delante de mí jamás se ha desabrochado la americana.

Calza guantes de color café—por ser sufridito—y botinas anchas de forma inglesa, como todo ciudadano cuya principal ocupación es andar mucho.

Gasta un sombrero hongo muy ligero.

Su camisa es constantemente de blancura irreprochable.

El aspecto general de su persona, extremadamente simpático.

Pero así y todo, no llamaría la atención pública, porque personas limpias, jóvenes y aseadas se encuentran a cada paso.

Lo que hace reparar en él y sonreír de compasión ó abrir los ojos de espanto, es la portentosa celeridad con que anda, la elasticidad de sus piernas y la maravillosa flexibilidad de su cuerpo.

Sin tropezar con nadie—aunque estén las calles plagadas de transeúntes,—va en treinta segundos desde las Cortes al Consejo de Estado.

Si se tratara de una apuesta, estoy seguro de que iría en quince minutos desde Carabanchel á las Ventas del Espíritu Santo.

En su naturaleza tiene combinaciones la electricidad, no me cabe la menor duda.

Aun no hace ocho días le encontré en la Puerta del Sol, en la acera de Gobernación precisamente.

—¿Adónde va V.?—le dije.

—A *La Correspondencia de España*—contestó, sin detener el paso.

Desde Gobernación me llegué á la calle de Correos, á comprar en casa de Martín una pieza de música.

No encontré lo que buscaba.

Al volver á la puerta de Gobernación, encontré de nuevo á Carreritas.

—¿De dónde viene V.?—pregunté asombrado.

—De *La Correspondencia*—respondió;—abur.

Para no perder tiempo, cuando se despide dice «abur» ó «adiós».

«Usted lo pase bien», «Servidor de V.», «Hasta la vista», etc., etc., son frases que no pertenecen á su repertorio de cortesía.

Consumen demasiado tiempo.

Y no es que Carreritas hable poco; habla más que un sacamuelas.

Pero emplea su abundante y copiosa conversación en provecho propio, es decir, cuanto habla lo pone al servicio de su idea dominante.

Su monomanía es el matrimonio.

El no piensa casarse, pero quiere casar á la humanidad entera.

Es el propagandista más incansable que tiene Himeneo.

Actualmente se ocupa en montar una agencia de matrimonios, en la forma y á la altura que tienen algunas del extranjero.

No hay excentricidad inglesa ó americana que no trate de aplicar á su agencia.

Piensa poner hasta clases de moral casera, para educación de «mamás políticas».

El recorre diariamente cien casas, dando informes acerca de la conducta, posición social y sentimientos de éste ó del otro joven, de esta ó de aquella señorita que estén para casarse.

Se mete hasta donde no le llaman, á trueque de acelerar las operaciones que preceden al matrimonio.

Es una potencia en la Vicaría.

No hay dificultad que no allane, ni obstáculo que no venza.

No le hable V. de bailes, de hipódromos ni de teatros.

El no piensa más que en el matrimonio..... ageno. Oigámosle en el café entre sus amigos.

«Desengañaos: el estado del hombre no es el celibato; el matrimonio es el estado perfecto.»

«Ya el casamiento no intimida más que á los imbéciles.»

«Desde la expulsión de los frailes en 1834, hasta nuestros días, el amor á casarse ha ido en progresivo aumento.»

«El aumento de población responderá por mí.»

«El sufragio electoral estaba restringido por ciertos miramientos.»

Nadie se atrevía á declararse en abierta oposición con el celibato, temeroso de ofender á los celibes que profesaban la idea de la libertad individual.

Hoy el que piensa casarse se casa, sin que lo detenga consideración alguna.

La suegra, institución funesta en otros tiempos, ha caído de su pedestal.

Ya no es la fiera que devoraba al yerno; ya en ocasiones, es la primera á quien el yerno explota.

Actualmente hay suegras que..... hasta dan dinero á los esposos de sus hijas.

La moralidad y la educación hacen benéficos estragos.

Entre las suegras de Bretón de los Herreros y las de Ramos Carrión, hay un abismo.

Casaos, casaos; en el altar está la dicha.»

CARRERITAS EN UNA TERTULIA.—«Sí, ayer se casaron. ¡Qué hermosa pareja! Ella de blanco, con su ramo de azahar y todo. Un poco marchito ya, por el calor de las velas, pero fragante y embriagador. El de levita negra. Ventura en ambas frentes, amor en los dos corazones.

»Los padres de los contrayentes, derramando menudas lágrimas de felicidad. Todos los asistentes al acto con velas en la mano. Yo también la tenía. Las amigas de la novia, fijas en los brillantes de la desposada y en la gentileza del novio. Terminado el acto, abrazos, sollozos, besos, plácemes; un lunch espléndido, viaje á provincias ó al extranjero, y UN BOMBO en *La Correspondencia de España*.»

Oírle y no casarse, es punto menos que imposible.

Oigamos á Carreritas en otra reunión:

—Efectivamente, vengo del bateo y les traigo á Vds. dulces. ¡Qué monada de criatura! Un mo-

cetón ya, con unos colores..... Parece que tiene un año. ¡Qué cuadro de familia tan deslumbrador! La mamá en blanca y soberbia cama, cubierta de damasco azul y sábanas de Holanda, con preciosas puntillas, abrazada al roro, que ni á tres tirones suelta el pilón alimenticio.

El papá de la criatura, embobado de gozo, como autor de obra aplaudida en noche de estreno.

El altar de San Ramón sin velas ya.

La abuela asegurando que el niño ha salido todo á su padre. Una tos del padrino que se ha tragado un tostón entero por complacer al «mayorcito de la casa», á quien colmaba de besos y caricias. También lo sacó de pila. Miradas de tierno agradecimiento entre el padrino y la mamá de la criatura.

Es claro. Siempre en estos casos, el padrino hace el gasto. Gran refresco, chocolates, dulces, helados, pastas, galleta inglesa, vinos generosos, niños que se atracan, señores mayores que, después de rellenar el estómago, convierten en despensa los bolsillos de la levita. Frases de alabanza á la hermosura del niño.

—«Hasta el otro»—dice uno.

—No lo permita Dios—contesta la madre.

—Sí, señores; sí, señores. Hasta el año que viene, que repetiremos la función; ¿verdad, don Manuel?

—Yo siempre estoy á sus órdenes—replica el padrino;—por mí no hay inconveniente.

—Cúmplase la voluntad del cielo—añade la madre,—dando un suspiro, que más parece un lamento.

—¡Me ha lastimado el pícaro!

—Si ahora nacen con dientes—dice el padre, soltando una carcajada de gusto.

¡Qué cuadro! ¡Loco vengo de satisfacción y de envidia!

Renuncio á describir el efecto que producen sus palabras entre la gente soltera.

Confieso que, picada mi curiosidad, intímé con Carreritas para investigar á qué obedecía su amor desmesurado á la propaganda matrimonial.

—¿Por qué quiero que se case todo el mundo?—me dijo un día, abrumado por mis preguntas,—por esto. Y me dió una tarjeta que decia lo que sigue:

ANASTASIO CARRERITAS.—ABOGADO ESPECIALISTA DE DIVORCIOS.

RAFAEL MARIA LIERN.

DIALOGO CONYUGAL, por Apeles Mestres.



—Sin ver que es ya monumental tu aspecto, ¿te quieres retratar?—Eso querría:

que un pintor de valía...

No: no busques pintor: ¡busca arquitecto!

El caballo popular.

Tiene un bruto Garcés, esbelto y brioso,
de crin tupida, de testuz derecho,
de recia planta, de abultado pecho,
de oreja viva y de mirar fogoso.

Con grave majestad marcha y bracea,
y al verse castigado y detenido,
da su nariz ardiente resoplido,
se encabrita y su boca espumajea.

Rizada cae su abundante cola,
y es su lustrosa piel tan negra y fina,
que cuando el sol de lleno la ilumina,
su matiz de azabache tornasola.

Después de largo tiempo, fatigado
con la edad y las penas, enflaquece
el animal fogoso, y aparece
mustio, seco, huesudo, acartonado,

El lacio cuello hacia la tierra inclina,
entreabriendo sus patas se apuntala,
y su comido lomo le señala
el rosario nudoso de la espina.

Marcha con perezoso cabeceo
que su cansado andar al cuello imprime,
y el escurrido pecho se le oprime,
falto de vida y con mortal jadeo.

Sin blanda silla ya no habrá quien suba
sobre el caballo, que en su espalda flaca
el costillar se apunta y se destaca
lo mismo que los arcos de una cuba.

Al mirarle Garcés, flaco y maltrecho,
á morir en el Circo le destina,
para obtener también de aquella mina
el último suspiro en su provecho.

Y escuchando á Garcés se desconsuela
la víctima infeliz, y gime y llora,
que no sintió jamás, cual siente ahora,
hasta su corazón llegar la espuela.

Una soga le anudan en el cuello;
de ella el chalán hacia la calle tira;
arranca el bruto, vuélvese, suspira,
y anda al fin con las trazas del camello.

Pero, ¿qué dice? Oigamos lo que dice
su ronca voz velada por la pena;
—Garcés, brutal Garcés, alma de hiena;
para tratarme así, ¿qué mal te hice?

Yo soy el que dejaba en el paseo
la varia multitud embelesada
viendo de mi andadura punteada
el vivo y resonante menudeo.

De ser mi dueño, entonces, muy ufano,
el vientre con las piernas me oprimías,
me llamabas *lucero*, y sonrefas,
mi cuello recorriendo con tu mano.

Cuando ella en sus balcones te aguardaba,
porque lo atribuyese á tu manejo,
todo el hípico ardor, todo el gracejo
de mis robustos miembros ostentaba.

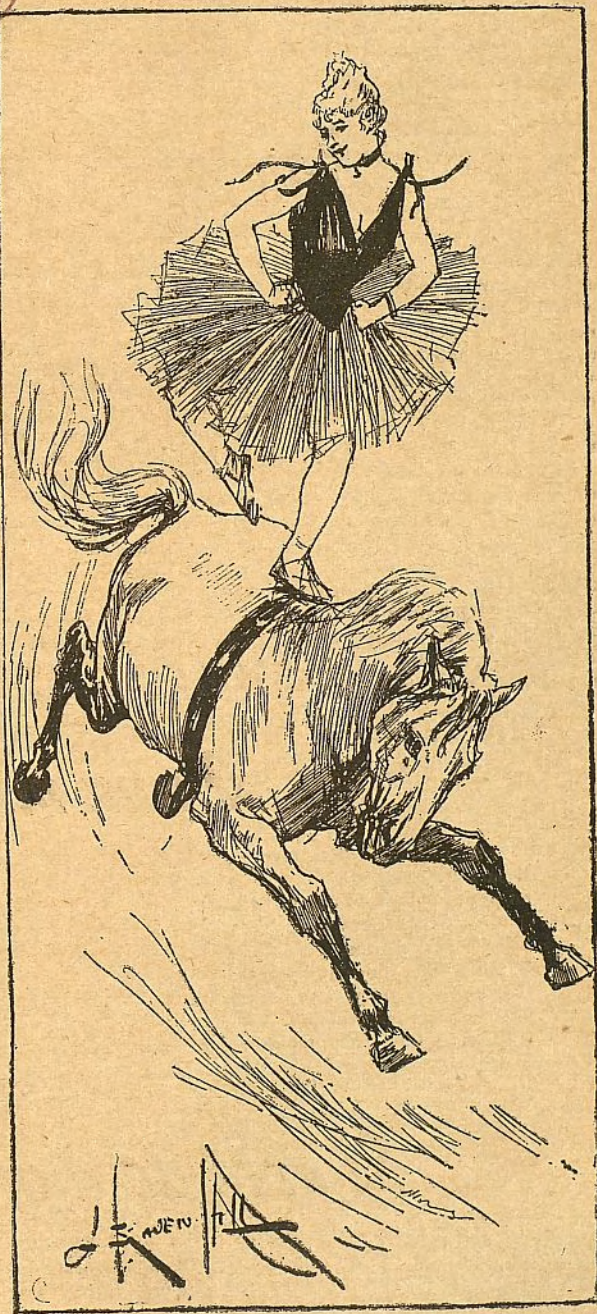
La celada burlé del foragido,
esquivando veloz su leve intento:
tú llegaste al hogar salvo y contento
y yo caí sin fuerzas y rendido.

De tus amantes hijos soportaba
la pesadumbre leve sobre el lomo
y á su dulce calor, con grave aplomo,
y temeroso tacto caminaba.

Después de haberme vuelto de la guerra
más duro, resistente y esforzado
me aferraste á las varas del arado,
y abrí tu campo y escarbé la tierra.

Cuando se hundía el sol esplendoroso
cubierto en roja luz por Occidente,
arrastrando tus mieses, lentamente
volvía fatigado y sudoroso.

POR EL ARO, por Rawen.



Por el aro salta Amparo
con donaire singular,

y así hace á muchos pasar
por el aro.

Sacé la vanidad de tus amores,
te libré de contiendas y reveses,
te di el dorado fruto de tus mieses,
vida á tus campos y á tus huertos flores.

Yo no soy como el grano de la uva
que se deja pisar, y luego alevé,
arroja á quien lo pisa, si lo bebe,
dando ocasión á que al cerebro suba.

Yo soy más bien el grano del olivo,
que después de exprimido y estrujado
y en estéril bagazo transformado,
aquel que lo exprimí lo arroja esquivo.

Mi trabajo en riqueza se convierte,
soy el vil instrumento, la materia;

si oro te doy, me ofreces la miseria;
cuando nada te doy, me das la muerte.

El jugo de mi vida os he ofrecido
á la patria y á tí; lo aprovechasteis,
y después de explotarme, me arrojasteis
porque era ya el bagazo comprimido.

No hay duda que la vida es una guerra,
y el hombre, por crearse algún consuelo,
dice que la justicia está en el cielo....

¡Es cierto, sí; muy lejos de la tierra!
¡Adiós, Garcés, adiós! En el concierto
loco y feliz de la existencia humana,
el egoísmo es ley; nadie mañana
se acordará de tu caballo muerto.

RAFAEL TORROME.

Romances populares.

EL TUTE

De codos sobre la mesa,
las caras muy encendidas,
los vasos casi vacíos,
los ojos echando chispas,
juegan al tute habanero
en la taberna de Bringas,
Periquín el de Getafe
y el Tuerto de las Vistillas.
Es aquel tripicallero,
y este se gana la vida
dando quiebro al resguardo
con su jaca y su osadía.
—También gané—dice el uno.
Y exclama el tuerto con ira:
—Cuenta bien.—Las he contado.
—No lo ví.—¡Qué poca vista!
—Ahí va la peseta: tómalas
y dásela á tu querida,
que ya conoce mi plata

y sabrá quién se la envía.
—Yo cobro lo que me deben,
pero esa plata me tizna:
y es, lo que dices de Juana,
provocación y mentira.
Sal, si eres hombre, á la calle,
hasta el farol de la esquina,
y con el pincho en la mano
te jugaré otra partida.—
Y salen los dos riñendo,
y á cada tajo que tiran,
se insultan con la mirada
y dicen con ironía:
—Toma este arrastre.—Lo fallo.
—Que te he visto el as.—¡Marical
no acusarás las cuarenta
con esa sangre tan fría.
—Mata si puedes, valiente.
—Ya va por mí la partida.

—No confíes en la sota,
que aquella sota fué mía.
—Pues que te cosa este siete
ó se te salen las tripas.
—¡Ay!—¿Duele el hierro afilado?
—¡Válgame María Santísima!
Entra á poco en la taberna
con la mirada intranquila
Periquín el de Getafe,
y todos le felicitan.
Uno le dice:—¿Y el Tuerto?
—Allí queda boca arriba.
—Ya suponemos que hiciste
las diez de última.—No atinas.
—¿Qué sucedió?—Que hice tute
y tiene las cuatro heridas,
en el gáznate, en la cara,
en la ingle y en la tetilla.

JOSÉ FERNANDEZ BREMON.

A una mujer.

Si sólo sabes repartir favores;
si para los amores
no pones más imán que tu belleza;
si tomas por amores verdaderos
los gustos pasajeros,
la rabia loca, la oriental pereza;
si reservas tu gracia y tu hermosura
para la orgía impura;
si va tu instinto hacia el placer derecho;

si no forjas ensueños y quimeras;
si sólo el goce esperas,
y sólo tiemblas cuando tiembla el lecho;
si sólo sabes, de gozar cansada,
suspirar fatigada,
ó de tus joyas entregar las llaves
y retorcerte convulsiva al beso...
Si no sabes más que eso,
profesora de amor, ¡qué poco sabes!

RICARDO J. CATARINEU.

El arte de dar un beso.

Andaba Juanillo loco de amores por Teresa, cosa que nada tiene de particular. El destino de los hombres es, sin duda, enamorarse de las mujeres, ¡y desgraciados de aquellos que en tales asuntos son ó se consideran cesantes, sin más haber, por la clasificación correspondiente, que las amarguras y sinsabores del pícaro mundo!

Pero si nada de extraordinario había en que Juan profesase á Teresa cariño arrebatado, y en que la muchacha, una moza más fresca y más bonita que una flor en el árbol, tuviese perdida la

chabeta por el tal mancebo, sí era inaudito que un día se atreviese el novio á pedir un beso á su novia.

—¡Un beso, sí! exclamaba aquel Fausto montañés, que tenía por Mefistófeles su propio deseo. Tú, chica, no sabes lo que es un beso, y cómo escarabajea en el alma el fuego que se siente en los labios al juntarlos con los de la persona á quien se quiere. Vamos, no seas tonta, y deja que te bese.

—No, no, y no, replicaba la muchacha. ¡Miren y con qué explicaciones y con qué pedigüenías se me viene el maldito! ¡Y habla de los besos como si hubiera dado muchos! Sin duda los diste á otras ya, ¿no es eso? Pues anda allá, que repitan ellas, y no me pidas á mí que empiece labor tan pecadora, no haga el diablo que con eso de los besos suceda lo que el refrán dice que pasa con el rascar y el comer.

A todo esto, Juanillo se reía á carcajadas con brutalidad sincera, y la muchacha le miraba así con rencores de novia; unos rencores que nada tienen de humanos, porque duran poco.

Y nada sucedió; que por aquella vez, y por otras muchas que le siguieron, no se blandeó Tere-silla y no se salió con la suya el truhán de Juanillo.

El cual Juanillo no paraba un momento de pensar lo bueno que sería besar á su novia, poner sobre aquellos labios rojos, abultados, frescos, los suyos, abrasados por la calentura del amor, enfermedad que casi todos padecemos y de la que nadie quiere curarse.

Si Juanillo hubiera sido filósofo, aparte de sufrir la desdicha de no ver las cosas á derechas, habría gozado de la íntima satisfacción del consuelo. Podía haberse consolado con meditar acerca del valor puramente relativo del beso, y tras largas meditaciones haber concluido con este párrafo, que bien podía ser el final de cualquier opúsculo más ó menos académico:

«Si el amor es absoluto y el beso es manifestación menos que secundaria de aquél; si éste (el beso), tiene sólo relativa importancia, y aquél (el amor) la tiene absoluta, no debe suponerse que el amor no existe ó desaparece cuando el beso no quiere salir por falta de voluntad.»

Y Juanillo, sin que le besara su novia, podía estar satisfecho de su cariño.

Pero no; el hombre había tomado muy á pecho lo del besuqueo, y andaba de cabeza, como suele decirse (cuando las cosas se dicen mal) de aquellos que se mueven sin ton ni son, siempre atormentados por una misma idea.

—¡Yo te he de besar! le decía á su Dulcinea.

Y ella le replicaba, segura de quien hace la primer negativa con decisión, tiene mucho adelantado para no faltar á su palabra:

—Lo que es eso... ¡quial!

* * *

A Teresa le dieron la fuente de natillas para que se la llevase á D. Antonio. La fuente era co-sal, y sobre la tersa superficie de la masa blanda, que amarilleaba como el oro, en letras forma-das con polvo de canela leíase una dedicatoria, naturalmente, dulce.

El enorme plato iba sostenido por las palmas de las manos de Teresa, quien levantaba los bra-zos, echándoles hacia adelante, y mirando con fijeza al camino que tenía en frente, como en pre-visión de cualquier peligro que pudiese hacerla caer con aquella cosa tan rica que llevaba de en-cargo.

Entró en una callejuela estrecha, por donde no pasaba un alma, y dió la casualidad (una casua-lidad que se repetía muy á menudo) de que allí se encontró á Juanillo, quien al verla caminar con tantos apuros y con los brazos tan bien empleados, sintió un estremecimiento de alegría, y hasta tuvo una buena idea, cosa que no es tan general como parece entre los hombres.

—¿Dónde vas, chica?

—A casa D. Antonio. Y tú, ¿qué haces?

—Pues mira, comiendo esta manzana (y enseñó una muy rica que llevaba en la mano).

—¿Quiéres un pedazo? dijo Juanillo á Teresa.

—No, no quiero.

—¡Ahl! ¿Conque no quieres tampoco de lo que yo como? No te basta con negarme todos los fa-vores que te pido, sino que me desairas también.

—¡No te pongas así, hombre! No te enfades; dame un cachito, que sea pequeño.

Cortó Juanillo con la navaja un pedazo algo más que regular de la camuesa, y se lo puso entre los labios á su novia.

Como el pedazo de la fruta era mayor de lo debido, tenía Teresa entre los labios parte de él. Si lo separaba con los dientes, caía sobre el plato y echaba á perder las natillas; comerlo, la era imposible, tan imposible como usar de las manos. ¡Y á todo esto Juanillo se reía como un animal!

—¡Ampárame, Juanillo! parecía decir con las miradas la pobre muchacha, á quien le era impo-sible hablar.

Al fin, Juanillo se apiadó de la infeliz.

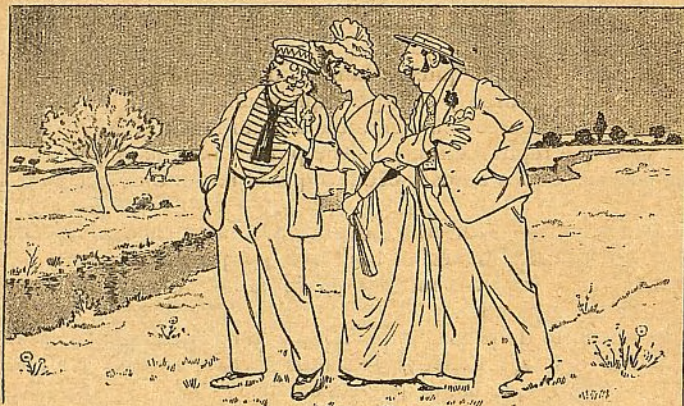
Se acercó á ella, inclinó sobre el lindo rostro de Teresa el suyo, aproximó su boca á la boca de la muchacha, y después...

¡El pedazo de manzana había desaparecido!

J. FRANCOS RODRIGUEZ.

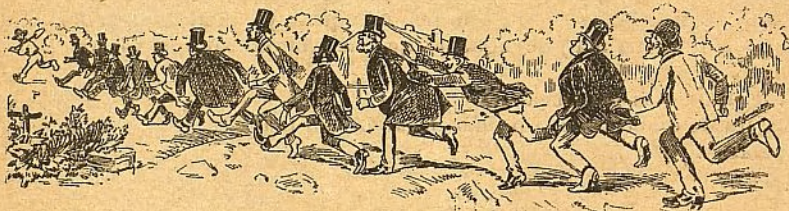
ALMANAQUE DE "LA SEMANA CÓMICA" (Muestra de los grabados).

UN TERCERO EN DISCORDIA, por Job.



I

DE CAZA, por MELITÓN GONZALEZ.



¡Por allá va un voto!

DOS QUE CANTAN, por BLANCH.



Por todo lo alto.

CROQUIS BARCELONESES, por PELLICER



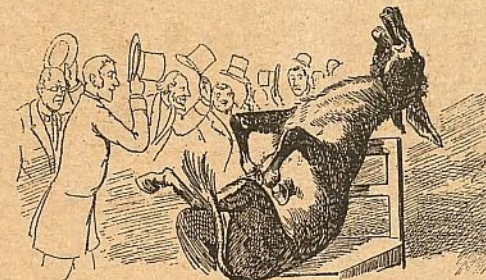
La procesión de Corpus.

UN TERCERO EN DISCORDIA, por Job.



2

DEL NATURAL, por MELITÓN GONZALEZ.



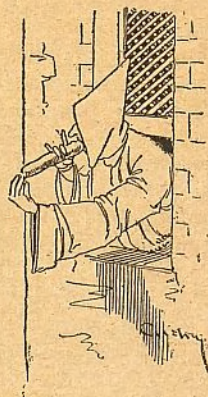
Un crítico profundo,—como tantos existen en el mundo.

DOS QUE CANTAN, por BLANCH.



Por todo lo bajo.

LO DE ADENTRO Y LO DE AFUERA, por CUCHY.



—Puesto que la regla prohíbe comer carne *dentro* del convento, comámosla *fuera*. Y fuera la come el hermano Heriberto.



—Pero, Padre Superior, es que el sitio en que yo comía estaba *fuera*.



—Bien, hermano; pero es que el sitio en que yo he pegado... ¡estaba *adentro*!

Pruebas cantan.

—¡Mientes!... No puede ser. ¡No, no lo creol...
 ¡No lo quiero creer!.. ¡Es imposible!...
 ¡Ella, tan pura!... No; si no lo veo...
 y aun viéndolo... ¡Increíble
 me parece, Manuel, que hayas tenido
 valor y atrevimiento suficientes
 para dudar de Inés!—Es que yo he oído...
 —Es un falso rumor: digo que mientes.
 —¿Acaso te ofendí?—Más: me ultrajaste.
 —¿Me dices la verdad?—La verdad digo.
 —Pues mira, á fe de amigo,
 que te pido perdón; si te enfadaste.
 culpa sólo al exceso
 de mi amistad; te portas mal conmigo...
 —¡Luego he de agradecer!...—Eso, Juan: ¡esol
 Aun cuando no lo extraño: si yo hubiera,
 formando coro como forman todos,
 desgarrado tu honor tras de tu espalda,
 de hipócrita manera,
 cubriendo formas y buscando modos
 de hacer el epigrama más picante,
 fuera ante tu semblante
 una persona digna, muy decente...
 —¿Vas á acabar, Manolo?
 —Mas como soy un alcahuete sólo,
 que da oído al decir de cierta gente...
 —Ten en cuenta que ella es mi prometida,
 que ella ha de ser mi esposa...
 ¡y fuera poca cosa
 dar por salvar su honor toda mi vida!
 —Juegas con fuego.—Juego
 á perder ó á ganar una existencia.

—No hay para tanto.—¿Luego
 te atreves á dudar de su inocencia,
 Manuel, á lo que veo?
 —Tanto como á dudar, no, que sería
 casi, casi creer... y yo no creo.
 —¿No crees? Pues la mía
 es la existencia que jugar prometo
 contra la tuya... ¡Pruebal
 —(¡Este me va á poner en un aprietol)
 ¿Prueba?... Pues sea: lleva...—
 Y bajando la voz, dijo á su oído
 no sé qué. Del amante
 se contrajo el semblante
 y murmuró después:—¡Ay, si has mentido!...
 Y ¡ay de ella, si es verdad!...

... .. Ha transcurrido
 una noche no más, y sonriendo
 entra Manuel y le pregunta:—¿Aun vive
 por tus huesos muriendo?...
 Cuando te cases, perezoso, escribe...
 ¿Nos batimos por fin, ó la has matado?
 —Ni lo uno ni lo otro.—¿Hicisteis migas?
 —Casi, casi...—Por fin, te has convencido,
 —Del todo no... mas poco le ha faltado.
 En el detalle aquel...—Ya, el de las ligas.
 —O estaba yo soñando ó tú has mentido.
 —Estabas ofuscado, apostaría...
 Vamos, vuelve mañana,
 convéncete mejor, tu error subsana...
 ¡y después me dirás si yo mentía!

J. PUYOL BOSQUE

EL Y ELLA, por Cilla.

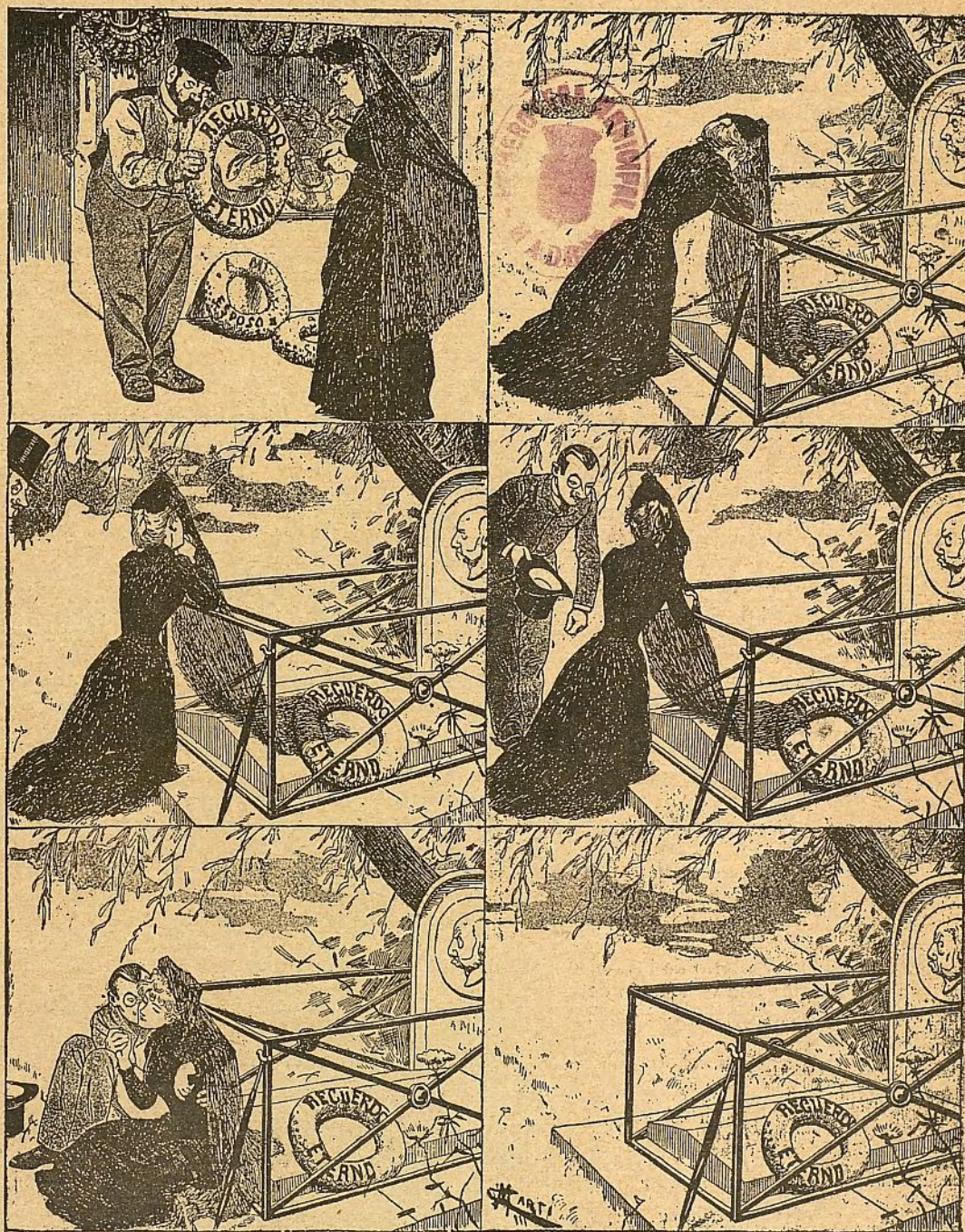


Tienen Pedro y la Rosario
 opuestos modos de ver.
 Pedro busca que comer



y Rosario... lo contrario.

LA ETERNIDAD DEL DOLOR, por Martí.



El protector.

(Conclusión).

Aunque me avergonzaba de hacer por vez primera en mi vida aquel oficio, no encontré medio de excusarme, y salimos juntos á la calle, Céspedes delante y yo detrás; él sin peso alguno, y yo con mi equipaje sobre el hombro.

Cuando volvimos á la casa de juego, solo llevábamos cinco duros, producto del empeño: acababan de echar en la mesa otro as de oros, y experimenté, naturalmente, hacia aquella carta verdadera repulsión.

—Me gusta la contraria—dije á Céspedes.

Este acercó nuestro capital hacia una sota, mientras decían á mi lado:

—El juego es el as, se dan menores.

La mano de Leopoldo varió de dirección precipitadamente y colocó el dinero junto al as.

—He dicho la contraria—le advertí con sobresalto.

—Amigo Enrique, disculpo tu ignorancia: ¿no has oído decir que el juego es el as? ¿Es natural que perdamos el as de oros dos veces? Al hacer esta variación salvo nuestro capital. Respondo con mi cabeza de esa carta.

Mientras duró la indecisión, experimenté una gran angustia; con el cuello prolongado y los pies de puntillas, quería estirarme hasta dar con la baraja. Por fin, salió la carta que yo había indicado. Leopoldo dió una palmada en la espalda del que tenía delante, el cual ganaba, y con la satisfacción no advirtió el espaldarazo. Salimos anonadados de la casa.

—¡Mátame!—dijo—te autorizo para que me asesines á traición: te pertenece mi cabeza: vámonos á un sitio solitario; quiero que me ahorques de un árbol y que te sacies en mí montando sobre mis hombros y columpiándote en mi cuerpo, mientras el nudo me oprime la garganta y muero sin confesión. Vamos al campo.

—No te guardo rencor alguno—dije con tristeza;—además, en la misera posición á que hemos quedado reducidos, ¿qué será de mí sin tu dirección y tus consejos? No conozco á Madrid sino en libros; ignoro hasta sus calles; carezco de recursos....

—Basta, basta—contestó Leopoldo Céspedes.—Tengo deberes que cumplir, y viviré: eres huérfano, y me corresponden las veces de padre....

Aquella palabra me afligió: hacía cuarenta y ocho horas que había perdido el mío, y ya podía apreciar con exactitud la gran diferencia que había entre los dos. Leopoldo continuó diciendo:

—En rigor, la carta debió salir; pero hemos sido robados.

[—Entonces, ¿por qué no avisamos á la justicia?—repuse con cierta esperanza.

—Decimos los jugadores que nos roban—añadió Céspedes—cuando no salen las cartas que jugamos. Pero no hablemos ya de eso. Te he arruinado y debo indemnizarte; desde luego te pertenece cuanto poseo.

Hice un rápido inventario de los objetos de mi amigo, y me encontré que aquella donación solo representaba una lata vacía y un colchón.

—Y ¿no podríamos empeñar el colchón para comer?—dije viendo que llegaría la hora de sentir el apetito.

—Desgraciadamente, no es posible—contestó mi amigo;—nuestro colchón está relleno de recortaduras de papel.

Habíamos llegado á la última miseria.

—Hazme una justicia, querido Enrique; si hubiéramos obrado tal como discurrí al formar mi plan, el pensamiento se hubiera realizado: esto prueba que imagino bien y ejecuto mal, por lo que en adelante me limitaré á formar los planes, que tú ejecutarás al pie de la letra, sin variación alguna.

Así se lo prometí, y pasamos todo el día haciendo cálculos, buscando personas conocidas, y dieron las doce de la noche sin haber conseguido socorros.

—No puedo más—dije extenuado de hambre y de cansancio.

—Ni yo tampoco—repuso mi protector con voz desfallecida.

—¿Qué haremos?—pregunté.

—Sólo hay dos medios, ambos prohibidos: el robo y la limosna. El primero le rechazan mis principios; luego tenemos que optar por el segundo. Precisamente se acercan dos señoras, y las

mujeres son generalmente compasivas: pide limosna con voz lastimera, aunque para infundir lástima, basta que pidas con la tuya.

Quise excusarme, recordándole que por la mañana yo había llevado la maleta; pero me cerró la boca, diciéndome:

—Es lo pactado; es un solemne compromiso; yo discurro y tú ejecutas.

Quitéme el sombrero y me acerqué á las damas, que pasaron sin hacer caso de mí. Me aproximé con timidez á otro transeunte, y éste, mirándome fijamente, me detuvo por el brazo.

—Dése V. preso—dijo.—Está prohibido mendigar.

Protesté; pero se reunieron otros hombres, y fui conducido entre ellos por delante de Leopoldo que se hacía el distraído.

—¿Es V. natural de Madrid?—me preguntaron en el Gobierno.

—No, señor—contesté.

—Entonces, no se le puede llevar á San Bernardino. Será usted conducido, de justicia en justicia, hasta su pueblo.

*
* *

Esta es la historia de mi viaje á Madrid—exclamó Guevara cuando terminó su relación.—Excuso decir á V. el recibimiento que me harían en el pueblo mis parientes. Todos me cerraron las puertas al verme llegar entre civiles.

—¿Y Clotilde?—le preguntaron con interés.

—Clotilde es mi mujer: aquella señora gruesa que reparte el pan á los gañanes, y aquellos seis niños que la rodean son nuestros hijos. Fué la única que se alegró de mi llegada, y convenció á su tío, el cura, de que debía ser mi protector, como lo ha sido.

—¿Y no ha sabido V. de Céspedes?

—Ya lo creo; es el diputado del distrito; es el famoso Céspedes; el que ha sido ministro varias veces. Cuatro años después de lo que acabo de contar, me escribió, poniendo á mi disposición los bienes que había heredado de su tío el banquero. Dos años más tarde le elegimos diputado: no sé cómo se las compone, que nunca me da nada, y, sin embargo, continúa protegiéndome.

JOSÉ FERNANDEZ BREMON.



FILOSOFÍAS, por Cilla.



—Porque ¿qué es la vida? Un cigarro que se va gastando, gastando. Y viene la muerte y recoge la colilla y...

—Oye: ¿cómo te has *apandao* con ese cigarro tan rico?

—Pues mira tu: haciendo lo que la muerte...



—La pegué tres bofetadas y la llamé *perra*. Y eso que está en estado interesante...

—Pues hombre, creo que has hecho mal, porque si luego se malogra la cosa ¡vamos á tener los dos un sentimiento!

Un suscriptor y yo.



—¡Hola, periodista!

—A la orden, señor suscriptor.

—¿Cómo por aquí.... y con esa cara de Pascuas?

—Diré á usted; el caso no es para menos. ¡Como que vengo á dar á usted las gracias por haberme agotado, en solo siete días que hace que salieron á la calle los Almanques, una edición muy regularcita de ellos! Y díganlo en algunas provincias, donde por haberse vendido á escape la tirada de Barcelona, se han quedado sin leerlo.

—Sí; la verdad es que el Almanaque no es malo, y que por 2 reales han dado ustedes más de lo que había derecho á exigirles. Pero ese periódico.... ¿qué están ustedes haciendo del periódico, hombre?

—¡Calle usted, por Dios, señor lector, que á eso quería venir á parar! ¿Usted cree que estoy yo contento de la marcha que lleva el periódico hace unos meses? Pues se equivoca usted. Ya sé, ya, que á usted no le gusta actualmente LA SEMANA CÓMICA. Pues.... en confianza: menos me gusta á mí. Además....

—Hombre; diga, diga usted, que me gusta esa franqueza.

—Además.... yo no tengo por qué ser hipócrita, ni soy de los que creen que al público ha de tenerse miedo. Al público puede y debe decirse siempre la verdad. Y la verdad es que la venta de LA SEMANA CÓMICA, que empezó siendo próspera como nunca al comenzar el segundo semestre de este año, se ha resentido bastante en estos últimos tiempos.

—¡Hombre, hombre! Repito que esa franqueza me gusta. ¿Y á qué atribuye usted eso?

—Pues.... ante todo, á mi desidia y al abandono en que, por causas especialísimas, ha vivido durante este semestre LA SEMANA CÓMICA. Esta no es hoy, ni de mucho, lo que era antes. ¿Cree usted que no lo reconozco? Compare usted cualquier número de los que actualmente se publican con cualquiera de los que salían antes. El de ahora, aunque parezca mentira (que sí lo parece) nos cuesta más dinero. El de antes *valía* más. Ya ve usted si veo claro.

—¡Hombre! Pues si tan claro ve usted, ¿por qué no pone remedio al mal?

—A eso voy, y délo usted por puesto. Año nuevo, vida nueva. LA SEMANA CÓMICA va á ser desde primeros de año, cuando no otra cosa (porque otra cosa no debo yo decir) un periódico bien cuidado. ¿Colaboraban antes en él escritores y artistas excelentes, que actualmente lo han abandonado? Pues esos volverán á colaborar. ¿Salían los números, no diré mejores ó peores (que tampoco debo yo decir eso) pero sí dirigidos con cariño y con buena voluntad? Pues, así saldrán en lo sucesivo. Pero para ello necesito y vengo á reclamar la ayuda de usted.

—Hombre, si es para bien....

—Para bien es, y va usted á verlo. Fíjese usted en el CUADRO DE REDACCIÓN que va impreso á la cabeza del número, y dígame usted luego si con esos elementos, bien dirigidos, no es posible más diré, no es seguro hacer un buen periódico. A más de esa lista, que es la de redacción, la de los escritores *de tanda* como si dijéramos, cuenta LA SEMANA CÓMICA con otra de colaboradores, escogida y extra-superior. ¡Como que figura en ella lo mejorcito de la nación! Pero esa colaboración, *que no tiene* (y conste que no hago ninguna apreciación: cito un hecho) *que no tiene*, repito, *ningún otro semanario festivo de Barcelona*, cuesta algo, porque vale mucho. Y á eso y sobre todo á eso, debía yo haber atendido siempre, y ese, ese más que ninguno, ha sido mi error: malgastar en laminitas y futesas innecesarias, lo que debía haber dedicado á la mejor dirección de este papelito de mis entrañas.

—¿Y qué se propone usted, ahora? Alguna barrabasada, de seguro.

—Nada de eso: suprimir los gastos inútiles y contraproducentes. Dedicar á la mejora de la calidad lo que hasta hoy hemos empleado en atender á la cantidad. ¡Eso me propongo! Usted recibe actualmente una lámina suelta que... ¡Dios me perdone! bonita no será, pero inútil y cursi y mal grabada, sí es, la pobre. Pues ¡fuera la lámina, que desde primero de año se publicará, más primorosa y mejor cuidada, en el cuerpo del periódico! Y como no por meter en este la lámina va usted á perder una página, yo suprimo desde esa fecha la de anuncios... y *pata*, como dicen los gitanos. Usted nada pierde, tiene lo mismo, mejorado en tercio y quinto, y yo me quito de encima un gasto que, dicho sea con perdón, me está fastidiando.

—Hombre, mientras en efecto, sea para mejorar...

—Lo será, ¡vaya si lo será! Pronto la ha de ver usted. A más...

—¿Pero no acaba usted todavía, hombre de Dios?

—Ya acabo, ya acabo. Es cuestión de un momento. Decía que á más... Pero antes permítame usted una pregunta: ¿es usted aficionado á escribir?

—Hombre... no digo que de cuando en cuando no haga...

—¡Tomal! ¡Ya lo sabía yo! Como que es usted español, y hay dos cosas que el español ha de haber hecho alguna vez en su vida: versos... y el amor á una modista romántica. Pues bien; suponiendo que usted escriba, que si escribirá alguna vez, y que mande á LA SEMANA CÓMICA alguna